

MOVIMIENTOS DE MUJERES, FEMINISMOS Y CULTURAS POLÍTICAS

MORNA MACLEOD HOWLAND

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DEL ESTADO DE MORELOS (MÉXICO)

1. INTRODUCCIÓN

En este capítulo¹ estudiaré las contribuciones de las feministas latinoamericanas a las culturas políticas y luchas de transformación social de la región. Primero haré una breve reflexión sobre las culturas políticas de los movimientos sociales y las primeras incursiones feministas a principios del siglo XX. Luego esbozaré de forma panorámica el surgimiento de los movimientos y luchas de mujeres a partir de la década de 1970. Aunque abarco diversas expresiones de mujeres organizadas, me centraré en los movimientos *feministas*, dados sus especiales aportes a la producción de pensamiento y a las referencias culturales para la acción política. Así, analizaré algunas de las tendencias, hitos, «ideas fuerza» y demandas más significativas que las feministas han aportado a la sociedad y a las culturas políticas de los movimientos sociales latinoamericanos. Examinaré algunos de sus principales logros y dilemas, así como las demandas de mujeres «otras», en especial mujeres indígenas, afrodescendientes y lesbianas. Terminaré con un estudio de caso de las Feministas en Resistencia (FeR) en Honduras, surgidas tras el golpe de Estado en junio de 2009, como una expresión ejemplar de movilización feminista. La experiencia de las FeR pone de manifiesto la potencialidad revolucionaria y transgresora que el feminismo puede aportar a los procesos de transformación —no solo de mujeres, sino societales— al ligar lo personal con lo político, las reivindi-

1 Agradezco a Mirta Kennedy su asesoría en secciones de este capítulo, y a María Sierra sus observaciones.

caciones de los derechos de las mujeres con las demandas de clase y la antimilitarización, y de unidad en la diversidad étnica y cultural.

CULTURA POLÍTICA Y MOVIMIENTOS SOCIALES

La cultura política ha sido estudiada por diversos autores. Miguel Ángel Cabrera² hace un minucioso recorrido del impacto del giro cultural a partir de la década de 1960, en el que traza las genealogías de la cultura política en las diferentes disciplinas. Explora así las diferencias entre disciplinas, tradiciones y enfoques, y resalta la importancia de optar consciente y explícitamente por un abordaje, asegurando su coherencia con el marco teórico más amplio de cada investigación. Marta Casaús y Patricia Arroyo, por su parte, centran su mirada específicamente en la historiografía, y destacan la manera en que el abordaje de la cultura política da prioridad al estudio de las representaciones y de las formas políticas y discursivas en que se posicionan los actores sociales³. Tanto el giro cultural como el lingüístico han impactado en las maneras de definir y construir los objetos y los temas de investigación al resaltar el análisis interpretativo y las subjetividades de los actores sociales y políticos.

Para el tema de los feminismos, la reflexión sobre las *culturas políticas y las políticas culturales de los movimientos sociales* —que desafían a las políticas dominantes— es particularmente relevante. El ámbito de la cultura y los movimientos sociales ha sido explorado por Escobar, Alvarez y Dagnino. Retomando a Geertz, estos autores entienden que la cultura «involucra un proceso colectivo e incesante de producción de significados que moldea la experiencia social y configura las relaciones sociales»⁴. Los movimientos sociales cuestionan las relaciones de poder y desestabilizan las prácticas políticas y culturales dominantes. Al basarse en una concepción dinámica de los procesos y relaciones sociales, conciben la cultura política: «como el proceso que se desata cuando entran en conflicto conjuntos de actores sociales que, a la vez que encarnan diferentes significados y prácticas culturales, han sido moldeados por ellos»⁵.

La cultura política de los movimientos sociales se refiere tanto a su producción de discursos identitarios y reivindicativos como a la manera en que estos

2 CABRERA (2010).

3 CASAÚS y ARROYO (2010), pág. 12.

4 ESCOBAR, ALVAREZ y DAGNINO (2001), pág. 19.

5 *Ibidem*, pág. 25.

entran en disputa con concepciones hegemónicas, o lo que Gramsci denominó la *guerra de posiciones* y la lucha *contrahegemónica*⁶. Así, Escobar, Alvarez y Dagnino entienden que:

La cultura es política porque los significados son elementos constitutivos de procesos que, implícita o explícitamente, buscan dar nuevas definiciones del poder social. Es decir, cuando los movimientos despliegan conceptos alternativos de mujer, naturaleza, raza, economía, democracia o ciudadanía, los cuales desestabilizan significados culturales dominantes, ponen en marcha una política cultural⁷.

Este marco, especialmente relevante para tratar las luchas de emancipación y transformación de las mujeres, es el que asumo en este capítulo.

Las mujeres no solo desestabilizan las fronteras de la representación cultural y de la política tradicional, de lo público, lo privado y lo íntimo, sino también cuestionan las prácticas sociales de los mismos movimientos sociales y populares. Por eso, por ejemplo, la Ley Revolucionaria de Mujeres de los zapatistas chiapanecos (8 de marzo de 1993) fue señalada como *la revolución dentro de la revolución*. Dicha ley otorga derechos específicos que han sido denegados a las mujeres indígenas (en este caso, en Chiapas, México), como son el derecho a escoger marido y el número de hijos, de recibir herencia y a una plena participación. De hecho, aunque en la práctica los procesos de cambio en las relaciones de género son lentos y dispares, la participación de las mujeres es emblemática en la cultura política del movimiento zapatista, y ha quedado simbolizada en las numerosas pinturas y fotos de mujeres indígenas con paliacate (pañuelo usualmente rojo) o pasamontaña, y en la figura de la ya fallecida comandanta Ramona.

Las culturas políticas de las feministas latinoamericanas, como exploro más adelante, se manifiestan a nivel discursivo y en la elaboración de reivindicaciones específicas. Se consolidan también en sus posicionamientos, al tomar distancia de ciertos tipos de análisis y prácticas sociales de otros movimientos políticos y sociales, por ejemplo, un análisis solamente de clase o la delegación de autoridad en figuras masculinas. Develan las relaciones asimétricas de poder en los movimientos sociales mixtos —donde los hombres predominan— y critican las prácticas autoritarias, aunque a veces también las reproducen. Las expresiones político-culturales feministas incorporan mucho teatro, *performance*, música, alegría y creatividad en las movilizaciones callejeras

6 GRAMSCI (1981).

7 ESCOBAR, ALVAREZ y DAGNINO (2001), pág. 26.

y protestas sociales. Por ejemplo, en Guatemala, un pequeño grupo de feministas, para protestar contra la corrupción, hizo una «limpia» del Congreso de la República en septiembre de 2000⁸. Esta acción atrajo tanta atención que una fotografía de las feministas «chilqueando»⁹ el Congreso al ritmo de un tambor salió en primera plana de varios periódicos.

Por otra parte, en las prácticas feministas abundan los encuentros, los intercambios y la solidaridad entre mujeres de diferentes países, regiones e incluso continentes. También son relevantes las «fechas» celebradas o conmemoradas por las mujeres, como son el día internacional de la mujer (8 de marzo) y el día internacional de la eliminación de la violencia contra la mujer (25 de noviembre), fecha impulsada por las feministas latinoamericanas que posteriormente fue adoptada mundialmente por las Naciones Unidas. Una práctica reciente (desde 2009), ideada por la abogada feminista costarricense Alda Facio, es la creación de los Murales de las Ancestras. Se elaboran *collages* de mujeres en la historia y el entorno personal que han servido de ejemplo a las mujeres: por ejemplo, Sojourner Truth, abolicionista afroamericana nacida en la esclavitud, y Bartolina Sisa, lideresa indígena aymara, ambas del siglo XVIII, o Simone de Beauvoir, y mujeres emblemáticas en la vida cotidiana: la abuela, la madre, las amigas. Ante todo, la cultura política feminista es transgresora, rompe con los estereotipos y con la separación entre los ámbitos privados y públicos, devela relaciones de poder, a veces es irreverente y a menudo innovadora.

2. RAÍCES Y VERTIENTES DE LOS MOVIMIENTOS DE MUJERES EN AMÉRICA LATINA

Aunque han sido invisibilizadas y sus voces silenciadas, las mujeres siempre han contribuido a los eventos importantes en la historia latinoamericana. Participaron en las guerras de independencia, en las movilizaciones para destituir o apoyar a presidentes, en las guerrilleras, las luchas estudiantiles y magisteriales y en las luchas por la tierra. En Brasil, hubo asociaciones femeninas desde 1880 que lucharon por la abolición de la esclavitud. En Chile, se fundó la Federación Femenina Panamericana en 1910 y en Argentina se organizó un

8 ASTURIAS (2000).

9 La «chilca», así como la ruda, son hierbas que se usan en la medicina tradicional indígena para hacer «limpias» en casos de «susto», mala suerte, mal de ojo, etc. En esta intervención, las feministas hicieron una «limpia simbólica» de las malas prácticas, las energías negativas y la corrupción de los diputados guatemaltecos.

congreso feminista internacional para luchar por el acceso de las mujeres a la educación superior y a mejoras sociales, entre otros¹⁰.

En México, muchas mujeres apoyaron la Revolución (1910-1920), participaron en brigadas de salud¹¹, en la logística e incluso algunas fueron combatientes. A pesar de sus aportes, del carácter «revolucionario» de la nueva Constitución de 1917 y de los esfuerzos sobresalientes de sufragistas como Elvia Carrillo Puerto, Hermila Galindo y Refugio García¹², las mujeres no accedieron al voto en México sino hasta 1953¹³. Esto ilustra la «inconsecuencia de que un gobierno, fundado en los principios del liberalismo, restringiera la igualdad de derechos de ciudadanía»¹⁴. En cambio, quizás por su carácter menos amenazante, la Constitución revolucionaria incluyó artículos en el ámbito laboral que defendían los intereses de las mujeres, como el principio de igualdad salarial y la protección a la maternidad¹⁵.

El primer país en América Latina en conceder el voto a las mujeres fue Ecuador, en 1929, gracias a la lucha de las mujeres por el sufragio, seguido por Brasil y Uruguay en 1932 y Cuba en 1934. La mayoría de las mujeres latinoamericanas obtuvieron el voto entre las décadas de 1940 y 1950, las últimas fueron las de Paraguay en 1961 y de Belice en 1964¹⁶.

Entre 1919 y 1932, fue el período dorado de la campaña feminista por los derechos sociales y políticos. Esta primera oleada feminista latinoamericana se centró principalmente en el sufragio, en las condiciones laborales de las mujeres y en el acceso a la educación. En Argentina, la lucha feminista se inició en la primera década del siglo XX, con antecedentes de feministas anarquistas desde la última década del siglo XIX. Virginia Vargas señala que en Perú, a finales de la década de 1920, se formaron las primeras organizaciones feministas y que las «anarquistas, indigenistas, feministas, trabajadoras, todas empezaron a tener presencia y a expresar sus demandas desde diferentes ámbitos»¹⁷. Quizás la participación de mujeres en las revistas *Labor* y *Amauta*, de José Carlos Mariátegui, explica que varias de las feministas peruanas en los años veinte tuvieran conciencia de la situación indígena. Estas genealogías sirven de base,

10 GARGALLO (2006).

11 LAVÍN (2011).

12 LAU (2011).

13 CANO (1993), pág. 310.

14 *Ibidem*.

15 *Ibidem*, pág. 303.

16 URL: <http://portal.oas.org/Portal/Topic/Comisi%C3%B3nInteramericanadeMujeres/Historia/Luchaporelsufragiofemeninoenelhemisferio/tabid/662/Default.aspx> (26/12/2012).

17 VARGAS (2008), pág. 46.

sugiere Vargas, para una propuesta feminista y socialista peruana amplia y democrática¹⁸. Es notable que muchos de los grupos feministas de la primera oleada tuvieron contactos con organizaciones feministas en Estados Unidos y Europa. Además de las feministas de clase media alta, había algunas líderes feministas socialistas y anarquistas en los movimientos obreros.

Después de esta primera oleada siguió un período de poca actividad feminista. Esto puede explicarse por el descenso del movimiento, que también se dio en Europa, por las guerras mundiales, por la geopolítica estadounidense y la ascendencia de la lucha de clases a raíz de la Revolución cubana en 1959, entre otros factores. La segunda ola se inició en la década de 1970, tras la instalación de las dictaduras, como veremos a continuación. La tercera ola se dio con la emergencia de mujeres «otras» —indígenas, afrodescendientes y lesbianas— a finales del siglo XX. Evidentemente, no son procesos lineales y en cada contexto nacional inciden factores específicos.

Durante las dictaduras militares de América del Sur y las políticas contrainsurgentes de Centroamérica muchas mujeres se agruparon para exigir la reaparición de sus seres queridos desaparecidos y la libertad de sus familiares presos. Las Madres de la Plaza de Mayo en Argentina y las Comadres de El Salvador son ejemplos de mujeres que, en su condición tradicional de madres, esposas e hijas, y con demandas por la *vida*, se convirtieron en transgresoras en un contexto de aguda represión política. Muchas de ellas fueron adquiriendo una conciencia de género sobre la marcha. A partir de los años setenta también surgieron agrupaciones de mujeres urbanas populares en torno a la sobrevivencia: comedores populares y programas de vasos de leche, sobre todo en el sur.

A pesar de la participación de las mujeres en los procesos revolucionarios y antidictatoriales, en los movimientos campesinos, sindicales y urbano-populares, ellas fueron y siguen siendo marginadas de la dirigencia y espacios de toma de decisiones en las organizaciones mixtas. Esto provocó que empezaran a organizarse entre sí, ya sea por demandas feministas o a partir de reivindicaciones de género. Así, por ejemplo, a finales de la década de 1980, las campesinas indígenas guatemaltecas refugiadas en México se organizaron como mujeres y negociaron su participación en el retorno, reivindicando su derecho a la copropiedad y a la tenencia de la tierra. En Honduras y Nicaragua, surgieron las primeras organizaciones autónomas de mujeres campesinas, desprendidas de las federaciones y gremios campesinos, desilusionadas por la falta de acceso de las mujeres a la tierra y a los recursos productivos¹⁹.

18 *Ibidem*, pág. 47.

19 MONTENEGRO y otros (1997).

Las dificultades encontradas en las organizaciones mixtas hizo que a finales de la década de 1970 empezaran a brotar los «nuevos movimientos sociales»²⁰ feministas, que se conformaron en torno a su condición de mujer. Surgieron organizaciones feministas en Brasil, México, Perú, Colombia, Argentina, Chile, Uruguay, en la República Dominicana y Puerto Rico, y unos años más tarde en Cuba. Desde mediados de los años ochenta, también nacieron expresiones feministas en Ecuador, Bolivia, Paraguay y Costa Rica, y a finales de la década en Centroamérica²¹. Entre las feministas se encontraban muchas mujeres que habían participado en las organizaciones revolucionarias y de izquierda, y que habían quedado desilusionadas por las prácticas machistas, patriarcales y autoritarias que existían en su interior.

A partir de las experiencias políticas y revolucionarias de los años setenta, las feministas de la segunda ola cuestionaron la opresión de que eran objeto en los arreglos sexuales y sociales, y lucharon contra la exclusión y la subordinación en los ámbitos públicos y privados. Promovieron reivindicaciones en torno a la coherencia ética, la autonomía, la salud sexual y reproductiva, el control sobre su cuerpo y el derecho al aborto, la preferencia sexual, el combate a la violencia contra las mujeres, la lucha por la representación política de mujeres en cargos públicos y en la toma de decisiones. Estas demandas centrales del feminismo son lo que las diferencian de otros movimientos de mujeres, más enfocados en las luchas de redistribución y las condiciones materiales, sociales y de sobrevivencia, como son el acceso a la tierra, al agua potable y a una vivienda digna. Con el tiempo, los movimientos populares de mujeres han asumido ciertas demandas feministas y algunas vertientes feministas se insertan de manera más decidida en otras luchas y espacios más amplios, por ejemplo, el Foro Social Mundial.

ÁREAS DE INFLUENCIA DE LOS FEMINISMOS

En un primer momento, las organizaciones feministas se caracterizaron por carecer de relación con el Estado, pues se centraron en la consolidación interna y en el desarrollo de fuertes políticas de identidad. Desde sus inicios, se han perfilado dos vertientes en los movimientos feministas latinoamericanos: las profesionales, que forman centros de trabajo feminista, y las militantes, que priorizan la movilización callejera. Hubo, además:

20 MELUCCI (1996 y 1999).

21 VARGAS (2005), pág. 380.

[...] incidencia en la academia, a través de los *estudios de género y estudios feministas*, se nutrió de y potenció las estrategias feministas y la producción de conocimientos sobre la realidad de las mujeres, sus formas de inserción en la sociedad y sus formas cada vez más amplias de resistencia²².

Esta cita pone de manifiesto los estrechos vínculos que existen entre la lucha feminista, el estudio y la producción de conocimiento desde la academia y la creación de una cultura política novedosa que ofrece nuevas visiones epistemológicas que rompen con las lógicas de los movimientos sociales y de las versiones autorizadas disciplinarias. Así, por ejemplo, las mujeres, a veces en conjunto con hombres, emprenden proyectos de reescritura de la historia en los que destacan la participación y los puntos de vista de las mujeres²³. Mientras que los primeros estudios tendían a resaltar la historia de mujeres notables, posteriormente se empezó a visibilizar los aportes de trabajadoras, indígenas, feministas, lideresas comunitarias y revolucionarias²⁴. El feminismo como disciplina hace aportes epistemológicos fundamentales al cuestionar la supuesta neutralidad, objetividad y *posición de dios* de la academia. Desvela las relaciones de poder existentes desde y dentro del ámbito académico, argumentando que el conocimiento está situado y que hablamos desde nuestras genealogías teóricas y experiencia propia²⁵. Otra idea fuerte que surge desde las luchas feministas y se incorpora a los estudios académicos y la movilización social es que lo personal es político. Esto rompe con lo intocable del ámbito privado, su poca valoración e incluso la impunidad que a menudo permea el espacio íntimo del hogar.

LOS ENCUENTROS FEMINISTAS LATINOCARIBEÑOS

Uno de los mecanismos más efectivos para compartir, intercambiar, debatir y disputar ideas, demandas, posicionamientos y estrategias han sido los encuentros feministas de las feministas latinoamericanas y caribeñas, iniciados en Bogotá (Colombia), en 1981. Hasta 2015 ha habido trece encuentros en diferentes países latinoamericanos y caribeños. Unos transcurrieron fluidamente, mientras que en otros afloraron tensiones por las visiones divergentes entre corrientes feministas. Por ejemplo, en el tercer encuentro, que tuvo lugar en

22 VARGAS (2005), pág. 380.

23 Por ejemplo, la serie *Historia de las mujeres*, de la editorial Taurus en España, de diez tomos, dirigida por George Duby y Michelle Perrot.

24 RODRÍGUEZ (2005).

25 HARDING (2004); COLLINS (1998); SCOTT (1996).

Brasil, llegaron buses repletos de mujeres de las favelas que protestaron contra las cuotas de inscripción de sesenta dólares que en la práctica las excluían del evento. En el cuarto encuentro (en 1987, en Taxco, México), se presentó un documento, *Del amor a la necesidad*, con diez mitos sobre el feminismo. En él se identificaron, a juicio de algunas de las feministas participantes, los principales factores que obstaculizan la consolidación y el ensanchamiento de los movimientos feministas:

1) a las feministas no nos interesa el poder; 2) las feministas hacemos política de otra manera; 3) todas las feministas somos iguales; 4) existe una unidad natural por el solo hecho de ser mujeres; 5) el feminismo solo existe como una política de mujeres hacia mujeres; 6) el pequeño grupo es el movimiento; 7) los espacios de mujeres garantizan por sí solos un proceso positivo; 8) porque yo mujer lo siento, vale; 9) lo personal es automáticamente político; y 10) el consenso es democracia²⁶.

El análisis es sugerente porque pone de manifiesto no solo las dificultades de crear un movimiento, sino también los sueños, las aspiraciones y los supuestos que subyacen a dicho proyecto. Ilumina los atractivos de las políticas de identidad, que valoran y reivindican las identidades que han sido oprimidas y despreciadas, resaltando la tendencia —entendible pero no sostenible— a idealizar a las mujeres (situación que también sucede con indígenas y afrodescendientes). El sentirse agraviados otorga una cierta autoridad moral o *moral highground*²⁷ a los grupos identitarios, que infunde energía al movimiento, pero que corre el riesgo de generar autocomplacencia y una falta de autocrítica. Por otra parte, los «mitos» arriba señalados destacan los peligros de priorizar una dimensión —el ser mujer— sobre las demás adscripciones identitarias, lo que homogeneiza a las mujeres como «iguales» y borra sus diferencias identitarias, ideológicas y políticas.

Los encuentros feministas han sido un espacio crucial, aunque no libre de tensiones, para el intercambio, la producción y la discusión de ideas y estrategias, y la regionalización e internacionalización de las luchas feministas latinoamericanas.

LOS LOGROS, DILEMAS Y ESTRATEGIAS DIVERGENTES

Uno de los logros de las feministas latinoamericanas en la década de 1990 fue su capacidad de insertarse e incidir en los espacios internacionales, en

26 Citado en GARCÍA y VALDIVIESO (2006), págs. 45-46.

27 HALL (1989).

particular en las conferencias y las cumbres mundiales de las Naciones Unidas. La Conferencia Mundial de Derechos Humanos en Viena en 1993 fue crucial, pues en ella se reconoció la violencia doméstica y sexual contra las mujeres y las niñas como una *violación de los derechos humanos*, lo que rompió el cerco vedado del ámbito privado y adjudicó una responsabilidad al Estado por lo que pasa en su interior. Este salto cualitativo en el ámbito de los derechos humanos y los derechos de la mujer dio lugar a la creación de un sinfín de movimientos, redes, leyes, centros, albergues y otras estrategias para trabajar con mujeres violentadas, convirtiéndolo en un tema político. Paradójicamente, al priorizar el espacio que este reconocimiento abrió para luchar contra la violencia en el ámbito privado, otras formas de violencia contra las mujeres identificadas en los análisis feministas iniciales fueron postergadas, como la violencia del Estado, la militarización y la violencia económica. Además, la violencia doméstica e incluso el feminicidio por parte de parejas agresores tendieron a ser descontextualizados y despolitizados.

La participación en los grandes foros internacionales implicó la necesidad de profesionalizar la lucha. Esto dio cabida únicamente a cierto perfil de mujer —de clase media, con fondos para viajar, con altos niveles de educación y capital social—, distanciándolas de otras mujeres con menos acceso a este tipo de incidencia. El contexto de globalización neoliberal favorece la experticia y las formas sofisticadas de negociación, al mismo tiempo que deslegitima las formas tradicionales de protesta y movilización social. El lema «De la protesta a la propuesta» ilustra esa falacia, pues los cambios sociales siempre requieren de presión social y las luchas sociales siempre han contenido propuestas. Fue especialmente patente que las expertas y feministas de clase media, cercanas a las feministas del Norte, fueran las favorecidas en y después de Pekín, al quedar priorizadas las demandas de derechos sexuales y reproductivos por encima de las demandas socioeconómicas de mujeres de extracción popular y las antirracistas de mujeres indígenas y afrodescendientes.

Los avances en temas de género en las agendas internacionales —sobre todo a partir de Pekín y de los Objetivos de Desarrollo del Milenio de las Naciones Unidas— abren un espacio de doble filo para las feministas en América Latina. Esto se hace, además, en un contexto poco propicio:

[...] la realidad democrática de los Gobiernos en América Latina es débil, arbitraria, misógina y homofóbica y eso debilita y hace reversible lo conquistado. Sin embargo, el riesgo mayor, como algunas feministas agudamente advirtieron, fue apostar por lo posible, lo que los gobiernos podían avanzar, dejando de nombrar lo

deseable, la agenda radical de los feminismos, especialmente el aborto, descuidando el contenido de disputa entre sociedad civil y Estado²⁸.

Con base en sus estudios sobre Chile, Verónica Schild²⁹ advierte sobre los riesgos de apropiación y cooptación por parte del Estado que trae la entrada de profesionales feministas en las instituciones estatales para transversalizar el tema de género y crear institutos de la mujer. En un trabajo posterior³⁰, Schild argumenta que, sin quererlo, tanto la presencia de feministas en las instancias gubernamentales como la labor de las organizaciones no gubernamentales (ONG) feministas que brindan servicios sociales a las mujeres suplen el rol benefactor del Estado, contribuyendo así a la reconfiguración y feminización de lo que Schild denomina el Estado social neoliberal. La tendencia a la «onegización» —en este caso de organizaciones feministas— y su incidencia en políticas públicas ha tendido a diluir la filosa crítica feminista³¹.

Estas opciones estratégicas crearon discordia dentro de los movimientos feministas, provocaron divisiones entre las «institucionales» y las «autónomas», y polarizaron las posiciones entre las que trabajan en o con Gobiernos en el área de las políticas públicas y aquellas que rehúsan a entablar relaciones con el Estado por considerar que esta estrategia domestica las reivindicaciones feministas, vaciándolas de contenidos y espíritu crítico.

VOCES DE MUJERES «DIFERENTES» DESDE LOS MÁRGENES

Al mismo tiempo que se generan estas divergencias entre las feministas en sus visiones y apuestas políticas, surgen otras voces de mujeres desde los márgenes, de mujeres afrodescendientes, indígenas y lesbianas. Las feministas lesbianas critican el olvido del tema de la preferencia sexual en las agendas dominantes de las feministas latinoamericanas a partir de la década de 1970 o, como explica agudamente Enóé Uranga —lesbiana mexicana, diputada independiente en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal en México a comienzos del milenio—, una forma de «inclusión» de las mujeres *otras* por parte de las feministas hegemónicas que ha sido la de hablar por ellas y pretender «protgerlas» sin verlas como iguales³².

Así, hay una naturalización del liberalismo en gran parte del feminismo dominante, que privilegia los derechos individuales e incluso rechaza los

28 VARGAS (2008), pág. 155.

29 SCHILD (1998).

30 SCHILD (2013).

31 ESCOBAR, ÁLVAREZ y DAGNINO (2001); BATLIWALA (2008).

32 En BASTIAN (2012), pág.168.

derechos colectivos como nocivos para las mujeres. Esta visión se sintetiza en el artículo «¿Es el multiculturalismo malo para las mujeres?», de la feminista norteamericana Susan Moller Okin³³. Okin concluye básicamente que las culturas no occidentales son nocivas para las mujeres y que les convendría desprenderse de su cultura e integrarse en la civilización occidental, asegurando así sus derechos individuales. Este supuesto de la «superioridad» de la cultura occidental en cuanto a la condición de las mujeres subyace en muchas concepciones feministas también en América Latina.

Evidentemente, esta visión entra en conflicto con mujeres indígenas, cuya cultura e identidad colectiva como pueblos originarios les es fundamental. Incluso, muchas indígenas organizadas cierran filas en defensa de su cultura, haciendo caso omiso de las asimetrías de poder de género que existen, y aunque ha crecido el número que identifican costumbres dañinas que quieren cambiar, esto dista mucho de la opción de «botar su cultura». Ellas son claras en manifestar que les toca a *sí mismas* señalar cuáles son las «malas costumbres»; no quieren ni necesitan que otras mujeres «las salven»³⁴. Por otra parte, reiteradamente, mujeres —y hombres— indígenas de diferentes latitudes afirman que no hay contradicción sino complementariedad entre los derechos individuales y colectivos³⁵.

Otra crítica de las mujeres indígenas y afrodescendientes es la falta de atención del feminismo hegemónico al racismo y a las diferencias étnico-culturales. Al respecto, la lideresa maya k'iche' Carmen Álvarez asevera:

El gran ausente en el feminismo es el reconocimiento de que la opresión étnica nos interpela a todos y todas y, en general, no forma parte de las agendas del movimiento de mujeres, sino que se sigue viendo como una reivindicación de los pueblos indígenas y en concreto de las mujeres indígenas³⁶.

Las mujeres indígenas y las afrodescendientes, en cuanto sujetos colectivos, critican la tendencia feminista de una agenda centrada exclusivamente en las mujeres o, a lo más, en género y clase. Aunque a menudo hay un reconocimiento formal discursivo de parte de muchas feministas de las opresiones étnicas y raciales, en la práctica estos temas no son priorizados y permanecen en el plano discursivo. Hay resistencias en torno al tema del racismo y la discriminación cultural, pues son prácticas naturalizadas y a menudo reproducidas por

33 OKIN (1999).

34 MACLEOD (2011).

35 FIMI (2006).

36 ALVAREZ (2006), pág. 126.

los actores de los movimientos sociales, incluyendo a las feministas. Esto dificulta las alianzas entre mujeres indígenas, afrodescendientes y feministas liberales, como también la omisión de temas de preferencia sexual distancia a todas ellas de las feministas lesbianas, bi y transexuales. También las políticas de identidad obstaculizan las alianzas. Como lo señala la feminista lesbiana caribeña afrodescendiente, Ochy Curiel:

Creo que es más importante ser antirracista que ser orgullosamente negra, creo que es más importante ser feminista que reconocernos mujeres, creo que es más importante eliminar el régimen de la heterosexualidad, que ser lesbiana, creo que lo importante son proyectos políticos de transformación, que surgen desde los movimientos sociales pero también de la academia crítica³⁷.

Curiel sugiere la necesidad de trascender las identidades más particulares para tender puentes entre todas las mujeres que son antirracistas, y de criticar y superar el régimen de la heterosexualidad sin tener en cuenta la identidad y la preferencia sexual de cada quien. Curiel visualiza a las feministas como una categoría que va más allá de mujeres individuales y diversas, lo que implica un feminismo más allá del feminismo liberal dominante. Este posicionamiento, que también otorga un lugar importante a los procesos sociales, tendría que ser acompañado por un autoanálisis de las relaciones de poder, pues otra crítica que une a las mujeres «otras» es su difícil acceso a puestos de liderazgo en las organizaciones feministas.

Por otra parte, muchas mujeres indígenas y afrodescendientes critican la visión estrecha de la violencia en muchas agendas feministas. La lideresa kichwa, Blanca Chancoso, del Ecuador, señala: «La violencia no viene solo del marido o del padre, sino que la generan aquellos que se han apropiado de la tierra; la violencia la genera el Gobierno porque no me deja aplicar mi autoridad»³⁸. El Foro Internacional de Mujeres Indígenas (FIMI)³⁹ hace un sugerente análisis de las múltiples violencias que afectan a las mujeres indígenas, no solo la violencia de género, de clase y el racismo y la discriminación cultural, sino también, entre otras, la violencia espiritual y epistémica, la violencia del «desarrollo agresivo» o del extractivismo neoliberal y depredador de los recursos naturales en territorios indígenas, y la violencia en nombre de la tradición. Esta última permite a las mujeres hacer una crítica de las costumbres que las perjudican, sin tener que rechazar su cultura o asimilarse a la cultura occidental.

37 CURIEL (2007), págs. 20-21.

38 En RIVERA (1999), pág. 19.

39 FIMI (2006).

A su vez, el concepto de *género* ha sido retomado de manera selectiva por mujeres indígenas adecuándolo a su realidad. Como señala Ana María Rodríguez, lideresa maya-mam de Guatemala:

Podemos importar unos a otros valores y conceptos o enfoques que nos van a servir. Yo sí soy de las que piensan que puedes agarrar y de ahí recrear y construir una idea nuestra que se adapte a nuestras características... No lo vamos a copiar porque las copias nunca sirven... es un enfoque que nos va a ser útil, recreándolo y tratando de entender lo que nos quieren decir esas ideas⁴⁰.

Además, hay una tendencia creciente entre las mujeres indígenas a buscar la equidad entre mujeres y hombres a través de principios indígenas, como son la complementariedad, la dualidad y el equilibrio⁴¹.

Otras voces que emergen desde los márgenes son las de las católicas feministas, como, entre muchas otras, las de la religiosa brasileña Ivone Gebara, las teólogas mexicanas María Pilar Aquino y Elsa Támez, y grupos como Católicas por el Derecho a Decidir en México y la Comisión «Mujeres de Fe» de la Red de Mujeres contra la Violencia en Nicaragua. Las feministas católicas a menudo están expuestas a la desaprobación de las jerarquías eclesiales y al rechazo de las feministas laicas que consideran el catolicismo y sus instituciones como una de las principales fuentes de su opresión.

Por su parte, las mujeres campesinas, trabajadoras y de los barrios populares priorizan las demandas socioeconómicas, frecuentemente ausentes en las reivindicaciones de las feministas liberales, que dan mayor importancia a los derechos sexuales y reproductivos, como ya se mencionó.

Lo expuesto en este apartado pone de manifiesto las grandes diferencias que existen entre las mujeres, así como las dificultades de asumir las prioridades desde su diversidad. No son temas menores, pues a pesar de los múltiples factores que unen a las mujeres, el reto radica en cómo incluir de forma significativa las diferencias y las prioridades sentidas para crear alianzas entre mujeres diversas. Partiendo de este análisis, resultan especialmente valiosas las experiencias de algunos movimientos feministas en procesos más amplios de resistencia y transformación social. El caso ejemplar de las Feministas en Resistencia ante el golpe de Estado en Honduras, a mediados de 2009, es emblemático. Ilustra la manera en que las feministas aportan a y enriquecen los movimientos sociales más amplios⁴². Por ello, dedico el resto de este capítulo a su análisis.

40 En MACLEOD (2011), pág. 155.

41 ALVAREZ (2006); MACLEOD (2011).

42 BATLIWALA (2008) distingue entre la creación de movimientos feministas y la incidencia de feministas en movimientos sociales mixtos de diferente índole.

3. LAS FEMINISTAS EN RESISTENCIA EN HONDURAS: EJEMPLO TRANSGRESOR Y UNIFICADOR DESDE LA DIVERSIDAD

Honduras desempeñó un papel incómodo durante la ola revolucionaria y las luchas insurreccionales centroamericanas. Esta oleada concluyó con el triunfo de la Revolución Sandinista en Nicaragua en 1979, con el fracaso de la ofensiva final en 1989 del Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional (FMLN) en El Salvador y con una brutal respuesta contrainsurgente en Guatemala a la movilización revolucionaria. En Honduras, la pequeña insurgencia político-militar fue rápidamente diezmada. Luego de la caída del general Somoza en Nicaragua, el Pentágono designó a Honduras como su zona de influencia en la región⁴³. Palmerola, base militar estadounidense ubicada entre Tegucigalpa y San Pedro Sula, se convirtió desde 1981 en un centro de operaciones militares norteamericanas. La «contra» —fuerzas contrarrevolucionarias nicaragüenses, entrenadas y financiadas por el Gobierno de Reagan que se opuso al régimen sandinista— operaba desde la frontera hondureña colindante con Nicaragua.

El incipiente movimiento feminista surgió en Honduras en el segundo lustro de los años ochenta en ese contexto de crisis económica, política y social⁴⁴. País de grandes brechas sociales, Honduras tiene una arraigada cultura autoritaria y una escasa consolidación de la identidad y el proyecto nacional⁴⁵. Con este trasfondo complejo, no es difícil imaginar las dificultades que encontraron las mujeres en su proceso de organizarse entre ellas para impulsar sus sueños feministas. Breny Mendoza⁴⁶, feminista hondureña y académica en Estados Unidos, hace en su libro *Sintiéndose mujer, pensándose feminista: la construcción del movimiento feminista en Honduras* una exploración etnográfica y analítica de los factores que obstaculizaron la emergencia de un nutrido movimiento feminista en ese país. Analiza cómo el movimiento feminista surgió en el seno de una cultura patriarcal y machista, lo que condujo a las feministas a reproducir esta cultura a la vez que la resistían y creaban nuevos discursos culturales feministas. Para comienzos de la década de 1990, el movimiento logró una mayor reflexividad y consolidación. Mendoza enfatiza la importancia para este movimiento de partir del contexto específico de Honduras, apropiándose crítica y selectivamente los conceptos y las estrategias que vienen de fuera,

43 PEARCE (1981), pág. 191.

44 DOLE y CENTENO (1997), pág. 177.

45 ARANCIBIA (2001).

46 MENDOZA (1996).

pues la reproducción de copias calcadas de la teoría y las experiencias de otras latitudes limita el éxito de los movimientos sociales, incluyendo los feministas.

La crisis económica, la represión política, el rechazo a las bases militares norteamericanas, la influencia de la cooperación internacional y su financiamiento para proyectos de mujeres y los encuentros feministas latinoamericanos fueron factores que propiciaron la emergencia de organizaciones de mujeres⁴⁷. Surgieron, entre otras, el Comité de Mujeres por la Paz Visitación Padilla en 1984, el Centro de Estudios de Mujeres-Honduras (CEM-H) en 1986 y el Centro de Derechos de Mujeres (CDM) en 1988, y se realizaron dos encuentros feministas nacionales a comienzos de los años noventa. A pesar de que la mayoría de estas mujeres se identificaron con el feminismo popular-cultural y socialista, fueron vistas con recelo por otros movimientos sociales, quienes las acusaban de divisionismo y consideraban que el feminismo no era propio de Honduras, pues se trataba de «propuestas foráneas»⁴⁸.

Durante la década siguiente se lograron avances significativos en los derechos de las mujeres en Honduras, incluyendo la aprobación de leyes contra la violencia doméstica en 1997, de igualdad de oportunidades para las mujeres en 2000 y una cuota de participación femenina del 30 por 100 en los cargos de elección en el Congreso Nacional y en las corporaciones municipales (en la reforma a la ley electoral de 2005). Se fundaron la Fiscalía de la Mujer (1995), en el Ministerio Público, y el Instituto Nacional de la Mujer (1999). Previo al golpe de Estado, las organizaciones feministas trabajaban estrechamente con las entidades estatales homólogas y del aparato judicial para contrarrestar la violencia hacia las mujeres. Se realizaban talleres de sensibilización con operadores de la justicia y la policía nacional, y ante el desborde de la demanda presionaron para que el Estado estableciera albergues y centros de atención a la mujer. En el momento del golpe, se estaban instituyendo las Oficinas de la Mujer en las corporaciones municipales por todo el país.

GOLPE DE ESTADO

La noche del 28 de junio de 2009, la casa del presidente de la República, Manuel Zelaya Rosales, fue rodeada por militares. En un acto claramente inconstitucional, el presidente fue deportado a Costa Rica, bajo orden judicial de la Corte Suprema de Justicia. El factor principal que detonó el golpe de Estado fue la

47 DOLE y CENTENO (1997), págs. 192-193.

48 *Ibidem*, págs. 201-205.

consulta programada ese día a la población hondureña sobre el establecimiento de una Cuarta Urna en las elecciones de noviembre para consultar sobre la convocatoria de una Asamblea Nacional Constituyente y la elaboración de una nueva Constitución de la República. Irónicamente, el que asumió la presidencia, Roberto Micheletti, era del mismo Partido Liberal que el depuesto Zelaya.

El golpe militar puso en evidencia la fragilidad del Estado de derecho en Honduras, una institucionalidad débil y la cultura política autoritaria de las clases dominantes. Lo que llama poderosamente la atención, sin embargo, es que:

Ni la OEA, ni las Naciones Unidas, ni el rechazo unánime de todos los Gobiernos latinoamericanos, ni la suspensión de ayuda de parte de la Unión Europea lograron restablecer los procesos constitucionales en Honduras para que los golpistas dimitieran su poder ilegal. El Gobierno estadounidense, por su parte, jugó la carta de la negociación para permitir el retorno del presidente electo, pero despojado del poder, para asegurar al Departamento de Estado la estabilidad de las elecciones potenciales en noviembre y la preservación de su base militar en Palmerola⁴⁹.

La reacción de una considerable parte de la sociedad civil hondureña fue inmediata y contundente. Aunque no todos eran fieles seguidores de Zelaya, el presidente depuesto había ganado simpatías con algunas de sus medidas, la Cuarta Urna entre ellas. Así, gran cantidad de personas salieron a las calles desde las primeras horas del golpe en defensa de la democracia y en contra del golpe de Estado. Las protestas populares duraron más de cien días, a pesar de las medidas represivas e incluso la muerte de manifestantes por parte de las fuerzas militares y de seguridad. En este contexto irregular se realizaron elecciones en noviembre de 2009 y Porfirio Lobo, del conservador Partido Nacional, ganó la contienda con un abstencionismo electoral del 40 por 100. La represión se agudizó cuando el depuesto presidente intentó regresar a Honduras, por lo que terminó pidiendo refugio en la Embajada de Brasil en septiembre de 2011. Finalmente, se dio una solución negociada desde arriba entre el Gobierno de Lobo y la Organización de los Estados Americanos (OEA), tras la cual se firmó el Acuerdo de Cartagena que permitió al depuesto presidente Zelaya salir de la embajada y radicarse en el país.

EL SURGIMIENTO DE LAS FEMINISTAS EN RESISTENCIA

Las diversas organizaciones feministas no tenían una posición compartida frente al presidente depuesto, aunque todas consideraban que Zelaya había

49 AGUILAR (2009), pág. 3, traducción propia.

tomado algunas medidas interesantes, en especial el haber vetado la propuesta de prohibir y penalizar el uso de la píldora anticonceptiva «del día después». Con el golpe, se fueron uniendo acciones y contribuciones a la «Resistencia», el movimiento ciudadano que surgió a raíz del golpe de Estado. En esta sección, para captar mejor sus visiones y la textura de su cultura política, privilegio las propias voces de algunas de sus integrantes para documentar el surgimiento, el quehacer y las contribuciones de las Feministas en Resistencia (FeR). La directora del Centro de Derechos de Mujeres, Gilda Rivera, comparte:

Sin dudarlo todas nos fuimos frente a la Casa Presidencial, y eso fue lo interesante porque todas entendimos inmediatamente que era un golpe de Estado. Salimos las mujeres feministas a las calles, estuvimos desde las primeras horas, y con todo el proceso que vivió el pueblo hondureño de manifestarse... Nuestra participación en las manifestaciones estaba llena de alegría y de contenido político... Primero decíamos *Resistencia Feminista*, después *Feministas en Resistencia* porque no podíamos poner los nombres de todas las organizaciones. Entonces salió así de una forma espontánea. Poco a poco nos fuimos articulando como Feministas en Resistencia. Algo que ha marcado la existencia de esto es tratar de mantener las posiciones éticas y responsables con respecto a este conflicto. Tratar de posicionar visiones diferentes y cuestionar lo que ha sido la democracia. Cuestionar también este pensamiento de la misma izquierda que piensa que la lucha de la mujer está supeeditada a la lucha social. Posicionar nuestros mensajes, nuestras luchas, nuestras reivindicaciones diciendo: «no es posible construir una democracia real si los derechos humanos de las mujeres no están en primer plano». Y además valorizar el aporte de las mujeres en cualquier lucha social⁵⁰.

Desde sus inicios, las Feministas en Resistencia proyectaron el concepto fundacional feminista de que «lo personal es político», articulando lo que pasaba en la vida cotidiana e íntima con el golpe nacional y aportando así a la cultura política contrahegemónica. Los lemas «Ni golpes de Estado, ni golpes a las mujeres» y «Mi cuerpo no es campo de batalla» fueron paradigmáticos de su lucha. También se apropiaron de canciones como «Nos tienen miedo porque no tenemos miedo». A pesar de los esfuerzos de algunos dirigentes varones para censurarlas, varios de sus lemas resonaron con fuerza y empezaron a ser retomados por mujeres —e incluso hombres— de otros movimientos sociales. Mirta Kennedy del CEM-H afirma:

Una cosa muy importante fue saber que nuestras demandas tenían que estar puestas ahí, que bajo ningún punto íbamos a olvidar nuestras demandas en aras de pedir el regreso de la institucionalidad. Y surgió esta consigna tan simbólica que es

«ni golpes de Estado ni golpes a las mujeres», que juntaba las dos luchas. Nosotras salimos con todas nuestras consignas a la calle: íbamos a luchar contra el golpe de Estado, pero íbamos con los carteles contra el femicidio, por el aborto, por todos los derechos de las mujeres. Hubo reacciones, especialmente de los hombres. Nos decían «esos derechos son para después, eso no es la lucha ahora». Pero ninguna se dejó amedrentar con eso... Y creo que eso tuvo consecuencias importantes porque... de repente, un día, en alguna marcha iban las sindicalistas con un gran cartel contra el femicidio... fue como contagioso... De estarlos señalando tanto las otras mujeres comenzaron a sentirse, primero, contagiadas con la energía y la fuerza de este pequeño grupo que estaba haciendo tanto ruido; y segundo, porque estas palabras dichas en ese contexto tenían un eco en su interior, lograron un eco que nosotras hasta ese momento no habíamos logrado⁵¹.

De esta manera las FeR incidieron en las demandas de la Resistencia y lograron que muchas de sus consignas fueran retomadas por otras mujeres e incluso por organizaciones gremiales como sindicatos, organizaciones campesinas e indígenas, organizaciones políticas de izquierda y hombres que integran esos movimientos. Mientras que las FeR fueron ganando simpatía y logrando resonancia, las mujeres feministas tuvieron que pelear los espacios de dirección y voz. Suyapa Martínez, del CEM-H, con una larga trayectoria en la izquierda, las luchas sociales y en contra de la militarización, logró entrar en la coordinación del Frente Nacional de Resistencia Popular (FNRP):

Como Feministas en Resistencia nos costó mucho meternos en las reuniones masculinizadas. Unas de las primeras luchas fue que las mujeres habláramos en las manifestaciones... Y se empezó a tomar la palabra, empecé yo también a hablar, a leer los pronunciamientos, a estar en las conferencias de prensa en los primeros días posgolpe a sentar posiciones, a que quedaran en esos comunicados la mirada de las mujeres. Realmente sí era una lucha difícil porque a los hombres les era difícil entender por qué tenían que estar las mujeres en todas las comisiones... porque nosotras denunciábamos que para que los hombres estén ahí protestando, las mujeres se habían quedado en la casa llenas de angustia y que les habían hecho los alimentos para que ellos estuvieran ahí⁵².

Así, se fue visibilizando la participación directa e indirecta de las mujeres y se lograron espacios de incidencia. Un aspecto difícil fue colocar la crítica a actitudes y prácticas en el interior de los movimientos sociales:

También les costó entender cómo estamos en contra del neoliberalismo y el imperialismo, pero que también hay un imperialismo metido en las casas con esa visión muy vertical y patriarcal de los hombres, que también había agresores

51 Entrevista, 18/10/2011.

52 Entrevista, 17/10/2011.

metidos en las casas que violentaban y golpeaban a muchas compañeras de la resistencia. Todo ese discurso lo fuimos colocando, inclusive que había hombres que incestuaban a sus hijas y que eran miembros de la resistencia. No entendían eso, porque para ellos eso es normal, o no lo quieren entender. Nosotras lo logramos posicionar en la lucha, en las pintas en las paredes, inclusive ellos iban borrando. Nosotras íbamos diciendo «sí al aborto, fuera fundamentalismos dentro de la resistencia y dentro del sistema». Aceptaban lo de la no violencia, pero no entendían que la no violencia contra las mujeres también era la despenalización del aborto. No entendían mucho lo de la educación laica⁵³.

Con gran lucidez, las Feministas en Resistencia lograron imprimir un sello innovador a la cultura política de la Resistencia, rompiendo con las posiciones únicamente de clase o del ámbito público como marco de la democracia, introduciendo una propuesta ética de transformación social y articulando las esferas privadas y públicas. Las FeR no buscaban ser una vertiente monolítica y homogénea, pues aceptaban su propia diversidad interna. Había otras instancias, como los Artistas en Resistencia, donde varias de sus integrantes participaban al mismo tiempo que en las FeR. Karla Lara, de voz extraordinaria, apasionada e irreverente, venía acercándose a las feministas con sus canciones antes del golpe: «Es vida decidir», sobre la pastilla del día después, y «Regalo de celofán», acerca de la transparencia. Karla Lara considera que la participación de las independientes dentro de Feministas en Resistencia fue fundamental: «Desde ahí me parece un poco la irreverencia, los colores, la bulla, los redoblantes en las marchas, los sombreros de bruja»⁵⁴. Este aporte desde la alegría ayudó a visibilizar a las FeR en las movilizaciones sociales y a inyectar la dimensión lúdica a las protestas.

REPRESIÓN A LA RESISTENCIA

A pesar de que la movilización social fue en todo momento pacifista, la respuesta policial y militar fue feroz. Esto fue especialmente duro para las feministas que habían trabajado durante años en la sensibilización de la policía nacional en relación con la violencia contra las mujeres. Ellas y otras enfrentaron la brutalidad policial con tintes machistas, pues al golpearlas les decían: «putas, vayan a su casa», «qué hacen de revoltosas, váyanse a cuidar sus hijos», «te voy a golpear hasta dejarte lisiada, hija de puta», «lo que quieren es que las violemos para que no vuelvan a andar en estas cosas»⁵⁵. A cien días del golpe, el

53 Entrevista, 17/10/2011.

54 Entrevista, 15/10/2011.

55 FER (2009), pág. 9.

Comité de Familiares y Amigos de los Desaparecidos en Honduras (Cofadeh) había documentado 21 asesinatos políticos, 3 intentos de asesinato, 108 amenazas de muerte, 3033 detenciones ilegales y más de 800 heridos en diferentes grados por la Policía y las Fuerzas Armadas⁵⁶. El informe de FeR a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) contiene un minucioso análisis de la represión específica hacia las mujeres como «cuerpos sexuados» y «botín de guerra», con diferentes formas de violencia sexual, incluyendo la violación⁵⁷.

Ante la respuesta coercitiva a las protestas, las sedes feministas se convirtieron rápidamente en refugios y lugares de atención para las mujeres víctimas de la represión. La institucionalidad feminista se puso al servicio de las mujeres de la resistencia en general, con sus conocimientos, experticia, contactos y formas de sanación y otros mecanismos de tratar la violencia contra las mujeres. En consecuencia, fueron constantemente vigiladas y amenazadas.

LA TRAGEDIA CONVERTIDA EN OPORTUNIDAD

Un hecho inesperado y hermoso para las feministas fue la reacción de las mujeres de los barrios populares urbanos y de las áreas rurales y de las mujeres indígenas y garífunas afrodescendientes. Con ellas habían trabajado durante varios años en contra de la violencia hacia las mujeres a través de grupos de autoayuda, servicios de apoyo y redes de mujeres líderes. El trabajo siempre se había desarrollado a nivel local y se había enfocado en la violencia contra las mujeres en la vida cotidiana y en el ámbito privado. Con el golpe de Estado, una gran parte de estas mujeres populares se volcó a las calles, sumándose a las protestas masivas. Se trató de un salto cualitativo en su conciencia social y de una manera de hacer la conexión entre la lucha para poner fin a la violencia en sus vidas cotidianas y la lucha contra la violencia sistémica en el país. Las mujeres de los barrios capacitadas por organizaciones feministas como CEM-H y CDM asumieron el rol de defensoras de otras mujeres —maestras, sindicalistas, jóvenes— detenidas por las fuerzas de seguridad:

De repente estas mujeres —que eran mujeres de pueblo, de barrio, que habían estado por años trabajando en sus comunidades apoyando a las mujeres— se convirtieron en las defensoras de un montón de mujeres que estaban siendo perseguidas. Estas mujeres tenían la fuerza moral, la energía, la valentía de apersonarse a las tres de la mañana, a las doce de la noche, a cualquier hora a un cuartel, a un puesto de policía, a una posta a preguntar por las detenidas. Fueron

56 Ibidem, pág. 7.

57 Ibidem.

las organizaciones feministas institucionalizadas (las ONG como CDM, CEM-H, el Foro de Mujeres por la Vida) las que pusimos la cara legal... y que emitíamos las acreditaciones de «defensoras de derechos humanos» junto con algunas organizaciones de derechos humanos como Cofadeh. Esos cartelitos de «defensoras de derechos humanos» [fue] lo que permitió que fueran e interpelaran a la autoridad e incluso pienso yo que hasta a salvarle la vida a mucha gente, a pedir el *habeas corpus*, a sacarlas de los cuarteles, a ver cómo estaban, a denunciar que estaban agredidas, que las habían violado, todo eso se hizo. Nosotras teníamos ya toda esa infraestructura montada, no fue algo que se improvisó, fueron como mínimo veinte años de trabajo: las organizaciones, la experticia, las mujeres preparadas, nuestro discurso construido sobre derechos humanos... Entonces volcar todo eso en un escenario de golpe de Estado fue instantáneo, no tuvimos que ponernos a pensar cómo se hacía, ya sabíamos cómo se hacía. Entonces creo que de repente ahí se vio el trabajo nuestro de tantos años. Creo que eso fue lo que conformó la fortaleza de Feministas en Resistencia⁵⁸.

Poner sus conocimientos al servicio de otras mujeres e integrarse en las protestas callejeras fue una experiencia nueva para la mayoría de las mujeres populares: «hubo solidaridad, nos despertamos que tenemos derechos, nos alzamos y salimos a las calles»⁵⁹, contó una lideresa del barrio popular Cruz Roja ubicado a las orillas de Tegucigalpa. Una mujer garífuna de Tela, en la costa norte del país, explicó que no sabían que había habido un golpe de Estado: «Gracias a CEM-H supimos que hubo un golpe de Estado, antes solo la televisión con otra idea, nos dijeron mentiras. Llegó CEM-H a Tela, aprendimos qué era la Cuarta Urna, supimos del golpe de Estado». De esta manera, las Feministas en Resistencia informaban a las mujeres, quienes a su vez se sumaron a las movilizaciones: «A raíz del golpe de Estado hemos aprendido bastante, hemos hecho hacer valer los derechos. Todas hemos participado. Hemos estado afuera en las calles, hemos peleado nuestros derechos», relató una mujer del barrio la Divina Providencia, conurbado a Tegucigalpa. Otra expresó: «Nunca me imaginé que iban a balear, ¡qué maltrato de la policía!, ya no los respetamos, antes los mirábamos en alto, ahora no». A través del encuentro con esta dura realidad, las mujeres a la vez se empoderaron y desarrollaron una visión más amplia y crítica del contexto nacional.

Así, el impacto del golpe de Estado en estas mujeres fue contradictorio. Por una parte, como lo explicó una lideresa de la colonia Cruz Roja: «A mí me

58 Mirta Kennedy, entrevista, 18/10/2011.

59 Las siguientes citas son retomadas de grupos focales que realicé en junio de 2011 en el marco de la evaluación del CEM-H: «Enfrentando la violencia contra mujeres en Honduras, identificando los vínculos entre la reducción de la pobreza y la promoción de los derechos de las mujeres». CEM-H y CAWN (2012).

afectó en lo emocional, en las protestas, [la manera en que] golpeaban a las mujeres. Las mujeres fuimos más perseguidas, nos venían a buscar». Pero por otra, como compartió una indígena lenca de Azacualpa, Intibucá:

Nos llevaron a Tegucigalpa unas tres veces para darnos cuenta de lo que estaba pasando en el país. Fue la primera vez que habíamos ido a una marcha. Estuvimos caminando en las calles de Tegucigalpa, porque hubo golpe de Estado, porque echaron al presidente. Habíamos votado por él. Andamos divirtiéndonos, alegres. Conocimos mujeres que vienen de otras partes.

De esta manera, organizaciones como el CEM-H llevaron la información a mujeres indígenas y afrodescendientes en el interior del país sobre el golpe de Estado y estas se sumaron a las protestas sociales. A pesar de la represión, las protestas también fueron «alegres» gracias al sentimiento de sentirse entre muchas, con la capacidad de actuar y por la posibilidad de conocer a otras mujeres.

SOLIDARIDAD INTERNACIONAL ENTRE MUJERES

Desde los primeros días, las feministas recibieron mucho apoyo de parte de otras feministas a nivel centroamericano, desde América del Sur y del Norte y de Europa. La solidaridad, la respuesta rápida y el apoyo de las feministas a las FeR fue notable y puso de manifiesto las redes y los lazos ya existentes entre feministas, así como su capital social y su capacidad de responder ágilmente ante las crisis. Las organizaciones feministas centroamericanas se hicieron eco de las FeR y, adoptando esa misma denominación de Feministas en Resistencia, realizaron movilizaciones públicas y denuncias a lo largo de Centroamérica. Una iniciativa innovadora fue la de Las Petateras⁶⁰, que crearon un Observatorio de Transformación Feminista (OTF). A través del OTF llegaron delegaciones de feministas centroamericanas y mexicanas que difundieron las denuncias de FeR en sus respectivos países y a través de la Radio Internacional Feminista de Costa Rica. Con el apoyo de Asociadas por lo Justo⁶¹, hicieron trabajo de cabildeo en la Comisión Interamericana de Derechos Humanos en Washington y en las Naciones Unidas en Nueva York, y recibieron una delegación de la Iniciativa de Mujeres Nobel⁶², quienes utilizaron

60 Red de feministas centroamericanas surgida en 2007. URL: www.petateras.org

61 JASS (Just Associates o Asociadas por lo Justo) es una organización feminista internacional que cuenta con socias en Mesoamérica, sur de África y el Sudeste Asiático. URL: <http://www.justassociates.org/en/jass-en-espanol>

62 La Iniciativa de las Mujeres Premio Nobel fue creada en 2006 por seis laureadas del Premio Nobel de la Paz, entre ellas Jody Williams y Rigoberta Menchú Tum. URL: <http://nobelwomensinitiative.org>.

sus influencias a alto nivel para transmitir las denuncias que habían recogido. En Gran Bretaña, la Red de Solidaridad con Mujeres en Centroamérica (CAWN, por sus siglas en inglés)⁶³ respondió veloz y efectivamente con denuncias y presiones en ámbitos importantes, eventos públicos, canalizando apoyo y organizando el viaje de delegaciones de mujeres de Honduras a Europa para realizar el trabajo de denuncia y cabildeo.

En los meses siguientes al golpe, decenas de mujeres de las Feministas en Resistencia, sobre todo de los barrios populares de Tegucigalpa, y figuras públicas, tuvieron que salir del país por varias semanas o meses, y fueron alojadas en casas de feministas en Centro y Suramérica. Unas tuvieron que permanecer fuera de Honduras por años, dadas las amenazas persistentes; otras se desplazaron internamente, yéndose a vivir a otro barrio o región del país.

DETERIORO EN LAS CONDICIONES SOCIALES Y POLÍTICAS

En las primeras semanas después del golpe de Estado, hubo una respuesta masiva de hombres y mujeres de los barrios populares y marginales, que unieron fuerzas y se sumaron a las protestas. Esta situación empezó a cambiar al entrar en colusión las fuerzas de seguridad, el crimen organizado y las maras en las localidades, lo que produjo un afianzamiento del poder de estas últimas. Esto llegó a tal extremo en algunos de los barrios populares de Tegucigalpa y sus alrededores que las maras comenzaron a implantar un estado de sitio *de facto* en las noches y a controlar los movimientos de las y los pobladores y su organización social. El control por parte de las maras y el terror de la población creó un desgarramiento del tejido social local y la paralización de muchas actividades, incluyendo el trabajo de los grupos de apoyo de mujeres contra la violencia. Ante esta situación, varias de las líderes optaron por entrar en los patronatos (organización comunal), único espacio colectivo que quedaba, para seguir resistiendo y para regenerar el tejido social. Por otra parte, en estos años aumentó la violencia contra las mujeres y el femicidio no solo en Honduras, sino en toda la región. Esta ha llegado a tales extremos que la ONU ha denominado a Honduras, Guatemala y El Salvador como el «triángulo de la violencia contra la mujer». Es en este crudo contexto en el que las Feministas en Resistencia siguen luchando en condiciones adversas.

63 CAWN apoya las luchas de mujeres en Centroamérica. URL: <http://www.cawn.org/html/esp/index.htm>

APORTES A LA CULTURA POLÍTICA DE LAS FEMINISTAS EN RESISTENCIA

La resistencia tenaz al golpe de Estado fue un logro contrasistémico para aquel pequeño país centroamericano prácticamente ocupado durante el período de conflicto armado en la región por el Gobierno estadounidense a través de su base militar en Palmerola. Tras el golpe de Estado, no solo hubo cien días de protestas diarias, sino una forma nueva de manifestarse y vivir la ciudadanía. Las Feministas en Resistencia aportaron a esta nueva cultura política:

Todo lo que se construyó en las calles fue *otra manera del ser y del existir en este país*. Las expresiones culturales fueron absolutamente ricas. Ahí surgió música, poesía, teatro, todas las expresiones, todo lo que te puedas imaginar surgió ahí en la calle. Hasta un comercio diferente, y un consumo diferente, surgió de todo. Las feministas también lograron hacer una cantidad de cosas en términos de música, teatro, *performances*, de formas de representar el cuerpo, expresar las demandas. El haberlo hecho les dio un lugar particular⁶⁴.

Las FeR ganaron ese «lugar particular», un reconocimiento y un respeto dentro del movimiento de resistencia por múltiples razones. Como ya hemos visto, su capacidad de vincular lo micro con lo macro y la violencia cotidiana con la violencia estructural y nacional causó inicialmente cierto desconcierto, pero luego fue retomado por más y más mujeres y hombres de otras organizaciones y movimientos sociales. Pudieron dar cobijo y apoyo a mujeres manifestantes ante la represión policial y militar, pues su capacidad de respuesta ya estaba instalada. Pero quizás el aporte más valorado fue su capacidad de análisis y de actuar ágilmente con incidencia en los más altos niveles, gracias al capital social y el carácter internacionalista de los movimientos feministas.

El internacionalismo feminista no se dio solo entre las profesionales, pues muchas mujeres de los barrios populares y de las áreas rurales, indígenas y garifunas participaron en los encuentros y hacían giras a otros países, ensanchando así sus horizontes. En este proceso, las feministas ampliaron su número y sus maneras de actuar: «a partir del golpe de Estado surge una nueva ola de feministas, no solo de mujeres que se declaran feministas, sino una nueva manera de hacer feminismo»⁶⁵. Estos logros se insertaban, claro está, en un contexto de represión, militarización y derechización en el que las fuerzas conservadoras derrumbaron la frágil institucionalidad democrática que se había

64 Mirta Kennedy, entrevista, 14/10/2011.

65 Daysi Flores, JASS, entrevista, 15/10/2011.

ido construyendo en Honduras. En ese sentido, pueden tener razón Méndez y Vendrell cuando concluyen que «no es la adquisición de un derecho lo que lleva a una mayor acción ni a un mayor enriquecimiento subjetivo, individual y social, sino la posibilidad de su pérdida»⁶⁶. El contragolpe o *backlash* puede ser un poderoso catalizador para la movilización social. En este proceso de resistencia, las feministas aportaron una particular dignidad ciudadana, un actuar y un análisis crítico⁶⁷. Las feministas hondureñas lograron consolidar sus propias reivindicaciones como mujeres y, al mismo tiempo, vincularlas con temas más amplios de ciudadanía y democracia nacional.

4. REFLEXIONES FINALES

El estudio de los movimientos de mujeres y feministas latinoamericanos pone de relieve los grandes aportes que han infundido a las culturas políticas *desde abajo* en el continente. Una de las contribuciones más significativas ha sido la de articular lo privado con lo público bajo el principio de «lo personal es político». Han visibilizado a las mujeres, mostrando que siempre han estado en los procesos de transformación social y han perfilado las demandas específicas de estas, como son el derecho a la plena participación y toma de decisiones, el acceso a espacios de liderazgo, el derecho a la vida libre de violencia, el derecho a decidir sobre su propio cuerpo. Además, han arrojado luz sobre las brechas éticas que a veces surgen entre las reivindicaciones de transformación social de los movimientos sociales en el ámbito público y las prácticas naturalizadas de muchos líderes e integrantes varones, que tienden a excluir, desvalorizar e incluso abusar de las mujeres. Las feministas han demostrado que quieren estar en el ámbito público en igualdad de condiciones y desde sus diferencias. Es decir, se trata no solo de inclusión, sino de cambiar la naturaleza misma de este ámbito y del perfil de la transformación social. Por otra parte, al poner en evidencia la sobrecarga de trabajo de las mujeres en la esfera privada, se busca que estas tareas sean compartidas entre hombres y mujeres.

Al mismo tiempo, ha sido un reto para las feministas reconocer las diferencias entre las mujeres y las jerarquías a menudo subyacentes en los mismos movimientos de mujeres. Las mujeres afrodescendientes e indígenas hacen las mismas críticas (de exclusión y falta de acceso a puestos de toma de decisión y liderazgo) a las organizaciones feministas que estas les hacen a las

66 MÉNDEZ y VENDRELL (2012), pág. 6.

67 VÉLEZ (2010), pág. 11.

organizaciones mixtas de hombres y mujeres. En ese sentido, la experiencia de las Feministas en Resistencia en Honduras otorga un valioso ejemplo de inclusión desde la diferencia y de unidad entre la diversidad de mujeres antigolpistas. Al mismo tiempo, la experiencia de resistencia al golpe de Estado hizo cuestionar a muchas mujeres en las FeR la conveniencia en la actualidad de priorizar alianzas entre mujeres —de derecha y golpistas— en relación con temas que las unen, como puede ser el acceso a la educación o a cargos públicos. Para ellas, las lealtades ideológico-políticas de clase y antimilitaristas han cobrado una importancia que sobrepasa a las demandas de género. Y justamente, las Feministas en Resistencia en Honduras dan el ejemplo de esta capacidad de mantener la visión y las reivindicaciones feministas articulándolas con luchas más amplias por la democracia participativa y por una ciudadanía plena.

La experiencia de las Feministas en Resistencia en Honduras resalta varias de las cualidades de las culturas políticas feministas latinoamericanas del nuevo milenio. En primer lugar, la capacidad implacable de articular lo íntimo con lo público, lo micro con lo macro, lo «subjetivo» con lo «objetivo»: el lema «Ni golpes de Estado, ni golpes a las mujeres» sintetiza la propuesta profunda de la máxima «lo personal es político». La experiencia de las FeR también pone de relieve la capacidad de las mujeres para tomar las calles a pesar de la represión, para forjar espacios lúdicos, de solidaridad y de alegría, para respaldarse en sus luchas y trabajo de años para la creación de institucionalidad y durante procesos ya construidos de formación en torno al derecho a una vida libre de violencia, y para poder movilizarse, después del golpe de Estado, hacia el ámbito nacional. Resalta, además, el carácter internacionalista de los movimientos feministas, así como su gran «sororidad»: patente en sus propios países, y en Honduras mismo, y, en la denuncia de la represión y en la acogida de mujeres hondureñas en otros países.

Es en esos momentos de intensa crisis en los que se pueden dejar de lado algunos de los elementos oscuros de las culturas políticas de los movimientos sociales: los sectarismos, las luchas de poder, las exclusiones y las invisibilizaciones, los acomodamientos y la politiquería. En cambio, aflora entonces una energía vital y colectiva de unidad en la diversidad, de sentir que las masas de mujeres y hombres, de indígenas y afrodescendientes, de lesbianas, gays y transgéneros, de jóvenes, niñas y ancianos, pueden hacer, por lo menos, tambalear a las clases dominantes y a las fuerzas autoritarias del poder.